

# EL UNIVERSO

PINTORESCO,



## ALBUM DE LOS SALONES,

### COLECCION DE ARTICULOS

DE BIOGRAFIA, HISTORIA, VIAGES, DESCRIPCION DE MONUMENTOS, GEOGRAFIA, CIENCIAS, INDUSTRIA, ARTES, AGRICULTURA,  
COMERCIO, DESCUBRIMIENTOS, POESIAS, COSTUMBRES, NOVELAS ORIGINALES Y TRADUCIDAS, CUENTOS,  
LEYENDAS, ANECDOTAS, ETC, ETC.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO.

**MADRID,**

CALLE DE SANTA TERESA, NUMERO 8.

Y DEL PRINCIPE NUMERO 25.

**PARIS,**

RUE DE PROVENCE, NUMERO 12,

Y SAINT-ANDRÉE DES ARTS, NUMERO 47.

1853.

Ayuntamiento de Madrid



EL UNIVERSO

PINTORESCO

ALBUM DE LOS SALONES

COLECCION DE ARTICULOS

DE DIVERSA NATURALEZA, Y EN ESPECIAL DE LOS DE LA HISTORIA, GEOGRAFIA, ECONOMIA, Y LINGÜISTICA, QUE SE PUBLICAN EN ESTE ALBUM, Y QUE SE REUNEN EN ESTE VOLUMEN, PARA QUE SEAN DE MAS INTERES PARA LOS QUE LOS LEEN.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE VILLANOV

PARIS

EST. DE PROGRESO, NÚMERO 123

1.ª FOLIA DE LA 1.ª PARTE

MADRID

OFICINA DE SANTA TERESA, NÚMERO 4

1.ª FOLIA DE LA 1.ª PARTE

1883



# INDICE

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.



### NÚMERO 1.º

Un viaje improvisado, página 4.<sup>a</sup>  
Madrid al amanecer, poesía, por don Esteban Garrido, pag. 2.  
La desvergüenza, poema didáctico, por don Manuel Breton de los Herreros, pag. 3.  
Primera felicidad y último recurso, pag. 5.  
Singular existencia de una joven, pag. 5.  
Castillo en el aire, por don Luis Mariana de Larra, pag. 6.  
La huérfana del Pirineo, novela, por don José María Goizueta, pag. 6.  
Edad de los animales, pag. 7.  
Procedimiento para lavar y limpiar los guantes, pag. 7.

### NÚMERO 2.º

De la esclavitud en la costa oriental de Africa, pag. 9.  
Las pascuas de Navidad, poesía, por don Esteban Garrido, página 10.  
Maravillas del arte y de la industria, introducción, por don Francisco Fernandez Villabril, pag. 11.  
El río de las Amazonas y sus bosques, pag. 14.  
La huérfana del Pirineo, pag. 14.  
Artes e inventos, pag. 15.

### NÚMERO 3.º

De la esclavitud en la costa oriental de Africa, pag. 17.  
El Miguelete, recuerdos de Valencia, por don A. Magariños de Cervantes, pag. 18.  
La huérfana del Pirineo, pag. 49.  
Los nidos de los pájaros, pag. 25.  
España, apuntes geográficos y estadísticos, pag. 25.

### NÚMERO 4.º

Huan-Gan-Jun, plenipotenciario chino, pag. 23.  
Costumbres de Barcelona; el café, por don Joaquín Ferrandis, página 26.  
Una ascension al monte Sinai, fragmento sacado de un diario inédito, pag. 27.  
La huérfana del Pirineo, pag. 50.  
El domingo de Ramos, pag. 52.

### NÚMERO 5.º

Una ascension al monte Ararathe, pag. 53.  
Nada, poema enciclopédico, por don José Selgas y Carrasco, pag. 54.  
Maravillas del arte y de la industria, II. Los alcázares, por don F. Fernandez Villabril, pag. 54.  
Constantinopla vista de paso, página 53.  
La huérfana del Pirineo, pag. 58.  
Variedades, pag. 59.

### NÚMERO 6.º

Una ascension al monte Ararathe, pag. 41.  
Romería de San Isidro, poesía, por don Esteban Garrido, pag. 42.  
La expedición de Sir Jhon Franklin al polo septentrional, pag. 45.  
Variedades, pag. 43.  
Blidah y las minas de Monzaia, página 45.  
Maravillas del arte y de la industria, III. La pólvora, por don F. Fernandez Villabril, pag. 45.  
La huérfana del Pirineo, pag. 46.

### NÚMERO 7.º

Una ascension al monte Ararathe, conclusion, pag. 48.  
Maravillas del arte y de la industria, IV. La casa consistorial de Dreux, por don F. Fernandez Villabril, pag. 50.  
Bautizo del príncipe don Juan, página 50.

La venganza de un valiente, página 51.  
Juan de la Cueva, biografía, por don Manuel María del Campo, pag. 51.  
La huérfana del Pirineo, pag. 54.

### NÚMERO 8.º

Geografía pintoresca, Tiflis, página 57.  
Un nido, poesía, por don V. S. Pardo, pag. 58.  
La esperanza en la soledad, poesía, por don I. A. Bermejo, pag. 58.  
La sagrada urna de Santiago, por don Antonio Neira de Mosquera, pag. 58.  
Don Pedro Fernandez de Villegas, biografía, por el señor de Salanova, pag. 59.  
Entierro que se hizo en Barcelona al señor don Carlos, príncipe de Viana, por don S. Hernandez, página 59.  
La toma de Lagos por los ingleses, pag. 59.  
Herculano y Pompeya, pag. 60.  
Monumentos y establecimientos públicos de Moscou, pag. 61.  
La huérfana del Pirineo, pag. 62.  
Las novelas, pag. 65.

### NÚMERO 9.º

Luknow, pag. 63.  
Maravillas del arte y de la industria, V. La octava maravilla, por don F. Fernandez Villabril, página 66.  
Don Agustín Moreto y Cabana, biografía, por don Antonio Neira de Mosquera, pag. 67.  
Estudios geográficos, por don Nicolás Castor de Caunedo, pag. 67.  
Cuadro sinóptico de la geografía universal, por don Nicolás Castor de Caunedo, pag. 68.  
La huérfana del Pirineo, pag. 70.  
La vida de Zhera, pag. 71.  
Cronómetro diatónico-cromático, remitido, por don Luciano Saura, pag. 72.

### NÚMERO 10.

Idolatría, pag. 73.  
Ferias de Madrid, poesía, por don Esteban Garrido, pag. 74.  
Recuerdos de un viaje, por Fenimore Cooper, pag. 74.  
La huérfana del Pirineo, pag. 75.  
Cuadro sinóptico de la geografía universal, pag. 76.

### NÚMERO 11.

Los bohemios, pag. 81.  
Oteló o un perro de cola larga, por don Esteban Garrido, pag. 82.  
Maravillas del arte y de la industria, VI. la caza, por don F. Fernandez Villabril, pag. 85.  
Recuerdo de un viaje, por Fenimore Cooper, pag. 85.  
Cuadro sinóptico de la geografía universal, pag. 84.  
La huérfana del Pirineo, pag. 85.

### NÚMERO 12.

Trabajos astronómicos de sir Jhon Herschel, en el Cabo de Buena Esperanza, pag. 89.  
Recuerdos de un viaje, por Fenimore Cooper, pag. 90.  
Colección de fábulas políticas y morales de don Pascual Baeza, por don P. Calvo Asensio, pag. 90.  
Una comedia en tres actos, pag. 94.  
La huérfana del Pirineo, pag. 94.  
Cuadro sinóptico de la geografía universal, pag. 92.

### NÚMERO 15.

Jardín zoológico de Amberes, página 4.<sup>a</sup>  
Revista general en 1852, pag. 2.  
Revista de Madrid; por don Esteban Garrido, pag. 3.  
Revista de Variedades, pag. 5.

Hindelopen, pag. 5.  
La huérfana del Pirineo, pag. 6.  
Noticias generales, pag. 7.

### NÚMERO 14.

El carnaval en Roma, pag. 105.  
Revista de Madrid, por don Esteban Garrido, pag. 107.  
Revista de variedades, pag. 107.  
Lecuwarden, pag. 107.  
Una historia que se parece á otras, pag. 110.  
Un baile de máscaras, por don A. Magariños Cervantes, pag. 111.  
Noticias generales, pag. 111.

### NÚMERO 15.

La regata, pag. 4.  
Revista de Madrid, por don Esteban Garrido, pag. 5.  
Cuadro sinóptico de la geografía universal, pag. 4.  
La huérfana del Pirineo, pag. 6.  
Ladrones de perros en Londres, página 8.

### NÚMERO 16.

Ciudadela y ciudad de Bou-Saada.—Posesiones africanas, pag. 1.<sup>a</sup>  
Montenegro y los montenegrinos, pag. 2.  
Don Pedro II, emperador del Brasil, pag. 5.  
Lord Wellington, pag. 5.  
Una comedia en tres actos, por don Rafael García y Santisteban, página 6.  
Variedades, pag. 6.  
La huérfana del Pirineo, pag. 7.  
El rey de la isla de Córcega, página 7.

### NÚMERO 17.

Murillo, pag. 4.<sup>a</sup>  
Revista histórica de sucesos contemporáneos, pag. 2.  
Recuerdos de Inglaterra.—La casa de Pindar, pag. 5.  
Estudios filosóficos sobre los descubrimientos científicos modernos, por don Juan Manuel Terán, página 5.  
Maravillas del arte y de la industria.—VII. Las catedrales, por don F. Fernandez Villabril, pag. 6.  
La huérfana del Pirineo, pag. 6.  
Variedades, pag. 7.

### NÚMERO 18.

Mr. Gay-Lussac, miembro del Instituto, pag. 1.<sup>a</sup>  
El general Urquiza, pag. 4.<sup>a</sup>  
Recuerdos de Inglaterra; el campesino inglés, por Fenimore Cooper, pag. 2.  
El siglo XIX, poesía por don F. Bello, pag. 5.  
Young, pag. 5.  
Cuadro sinóptico de la geografía universal, pag. 4.  
Nociones acerca de la bella literatura en general, pag. 6.  
Una estrella en el Oriente, pag. 7.  
La procesion de las sombras.—Balada.—A la señora doña Joaquina Lopez de Madariaga, por don José María de Goizueta, pag. 7.

### NÚMERO 19.

El Vesubio y sus erupciones, página 4.<sup>a</sup>  
Juan Sebastian del Cano, pag. 2.  
Curiosidades científicas.—Física.—Prontitud de la luz, pag. 5.  
El reino de Dahomey, pag. 5.  
La huérfana del Pirineo, pag. 6.  
Nociones acerca de la bella literatura en general, pag. 8.

### NÚMERO 20.

Baile del ayuntamiento en Bruselas, pag. 4.<sup>a</sup>  
Madrid al anochecer, poesía por don Esteban Garrido, pag. 2.

¡Vaya un sacristán! pag. 2.  
Nociones acerca de la bella literatura en general, pag. 2.  
El reino de Dahomey, pag. 4.  
La estatua de nieve, cuento americano, pag. 6.  
Juan Sebastian del Cano, pag. 7.  
Ayer, hoy y mañana, ó la fe, el vapor y la electricidad, cuadros sociales por don Antonio Flores, página 7.

### NÚMERO 24.

La danza de las mesas, pag. 4.<sup>a</sup>  
La estatua de nieve, cuento americano, pag. 2.  
El Huracán, fantasía, por don F. Bello, pag. 2.  
El reino de Dahomey, pag. 5.  
La huérfana del Pirineo, pag. 6.  
Maravillas del arte y de la industria.—VIII. Los autómatas, por don F. Fernandez Villabril, página 8.

### NÚMERO 22.

Nociones acerca de la gimnástica, pag. 4.<sup>a</sup>  
Cásate, poesía por don Esteban Garrido, pag. 2.  
La secta de los espíritus, pag. 2.  
La danza de las mesas, pag. 5.  
Revista de variedades, pag. 5.  
Maravillas del arte y de la industria.—IX. La pesca, por don F. Fernandez Villabril, pag. 5.  
El viaje del caballero Conrado, ó el reloj de la eternidad y el reloj del mundo, por don Angel Lasso de la Vega y Argüelles, pag. 5.

### NÚMERO 25.

Apuntes biográficos acerca de César Cantú, por don Salvador Costanzo, pag. 1.  
Revista de Madrid, por don Esteban Garrido, pag. 2.  
Poesías satíricas inéditas, pag. 2.  
Del arte y los artistas en España.—Murillo, pag. 5.  
Una cacería de osos en los Alpes del Tirol, pag. 5.  
Variedades, pag. 6.  
Miri-Adi-Giafer, novela oriental, por don Francisco Sepúlveda, pag. 6.

### NÚMERO 24.

Revista de Madrid.—La verbena de San Juan y la romería de San Antonio, por don Esteban Garrido, pag. 4.<sup>a</sup>  
Poesías satíricas inéditas, pag. 2.  
Maravillas del arte y de la industria.—X. La brújula, por don F. F. Villabril, pag. 3.  
La isla de Wight, pag. 3.  
Nuevo generador para las máquinas de vapor, pag. 6.  
Variedades, pag. 6.  
El lago de Enghien, pag. 6.

### NÚMERO 25.

Mistress Enriqueta Beecher-Stowe, y su novela, pag. 1.<sup>a</sup>  
Proclama de Atila, poesía, por don I. A. Bermejo, pag. 2.  
La poetisa, por don Luis M. Larra, pag. 2.  
Aplicación de la electricidad al tratamiento de las enfermedades, página 2.  
Las mesas volantes, pag. 5.  
Variedades, pag. 5.  
Historia, importancia y utilidad de los baños, pag. 5.  
Historia del chocolate, pag. 6.  
Las tres pruebas, pag. 6.

### NÚMERO 26.

Las playas del mar Caspio, pag. 4.<sup>a</sup>  
Biografía de don Alvaro Cadaval Valladares de Sotomayor, por don Antonio Neira de Mosquera, página 2.  
Un vals de Strauss, pag. 5.

Los asteques, pag. 5.  
A N., soneto, por don F. Bello, página 5.  
Una historia de la época de los templarios, por el conde de Fabraquer, pag. 6.  
Estudios filosóficos sobre los descubrimientos científicos modernos, por don Juan Manuel Perez Terán, pag. 6.  
Las tres pruebas, pag. 7.  
Observaciones experimentales sobre las mesas giratorias, por M. M. Faraday, pag. 8.  
Variedades, pag. 8.

### NÚMERO 27.

Jorge Stephenson, ingeniero inglés, pag. 1.<sup>a</sup>  
Los templarios, por el conde de Fabraquer, pag. 2.  
La bandera, cuento de Logman, página 2.  
Explicación mecánica de las mesas giratorias, pag. 2.  
La Granja.—Festejos á S. M.—Las fuentes.—Su descripción, pag. 5.  
Gibraltar, por el conde de Fabraquer, pag. 6.  
Variedades, pag. 7.  
Estudios filosóficos sobre los descubrimientos científicos modernos, por don Juan Manuel Perez Terán, pag. 7.  
La hija de Rapacini, cuento fantástico, por Nathaniel Hawthorne, página 7.

### NÚMERO 28.

La hija de Rapacini, cuento fantástico por Nathaniel Hawthorne, pag. 1.<sup>a</sup>  
De la imprenta en el siglo XV, y de la propagación de este arte por las varias partes del mundo, pag. 2.  
Tien-Te, jefe de los insurgentes Mings, pretendiente al imperio de la China, pag. 5.  
Las playas del mar Caspio, pag. 5.  
De las penas y de los suplicios, página 6.  
Variedades, pag. 7.  
Maravillas del arte y de la industria.—XI. Los kioscos, por don F. Fernandez Villabril, pag. 8.

### NÚMERO 29.

Noticia de la vida y obras de Fenimore Cooper, pag. 1.<sup>a</sup>  
La hija de Rapacini, cuento fantástico por Nathaniel Hawthorne, página 7.  
Ricardo Digby, leyenda americana, pag. 5.  
La vida de las aguas.—Los baños de Amelia, (Pirineos orientales), página 5.  
De la imprenta en el siglo XV, y de la propagación de este arte por las varias partes del mundo, página 5.  
De las penas y de los suplicios, página 6.

### NÚMERO 30.

Antigüedades de Roma, pag. 1.<sup>a</sup>  
El pequeño Narciso, cuento americano, pag. 5.  
Variedades, pag. 5.  
El palacio de cristal, pag. 6.  
Beltran y Santiago, anécdota histórica, pag. 6.  
Tomás Moore, poeta inglés, pag. 7.  
De la imprenta en el siglo XV, y de la propagación de este arte por las varias partes del mundo, página 5.

### NÚMERO 31.

Impresiones de un viaje á Inglaterra, por don A. Magariños Cervantes, pag. 5.  
Las queserías y la fabricación del queso en Suiza, pag. 5.  
Una historia de bandidos, pag. 6.



Don Leandro Fernandez de Moratin, pag. 7.  
Reloj de Munster, pag. 7.

NÚMERO 52.

Don Antonio Lopez de Santa Ana, pag. 4.  
Impresiones de un viaje a Inglaterra, por don A. Magariños Cervantes, pag. 2.  
Teatro de la guerra.—El Danubio.—Las fortalezas, pag. 5.

Testamento de Pedro el Grande, pag. 4.  
Album de Wilna y de Kiyow, pag. 4.  
Una historia de bandidos, pag. 5.

NÚMERO 53.

Pedro el Grande, pag. 1.  
Variedades.  
Bibliografía.—Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista, por D. Antonio Pirala, pag. 5.  
Maravillas del arte y de la industria.—XIII. Las habitaciones, por

don F. Fernandez Villabrille, pag. 5.  
Las parábolas, por don F. Fernandez Villabrille, pag. 5.  
Arago, biografía, por Stoffer, pag. 5.  
Una historia de bandidos, pag. 6.

NÚMERO 54.

Pedro el Grande, pag. 1.  
Los principados danubianos, pag. 2.  
Las bandos de los Karpathos, pag. 5.

Apuntes sobre la Italia, pag. 4.  
Emperatriz por el canto, pag. 6.  
Mi primo el comandante Molineux, pag. 6.

NÚMERO 55.

La Persia en 1831, pag. 1.  
Elogio de la ensalada, pag. 2.  
Historia de los wahhabitas, pag. 5.  
Maravillas del arte y de la industria.—XIII. La seda, por don F. Fernandez Villabrille, pag. 5.  
Estrella matutina, pag. 6.

NÚMERO 56.

Maravillas del arte y de la industria.—XIV. Ruinas y recuerdos, por don F. Fernandez Villabrille, pag. 1.  
Roma, pag. 2.  
Variedades, pag. 2.  
Venecia y Amsterdam, pag. 2.  
Una excursion arqueológica a Java, pag. 5.  
Desgracias de un hombre feliz, pag. 6.

## INDICE DE LOS GRABADOS.

NÚMERO 1.º

Palacio del Eisenah, residencia de la duquesa de Orleans, pagina 4.  
Los cuatro elementos; el aire, el fuego, la tierra, el agua, pagina 4 y 5.  
La Caridad; para dar ejemplo, por piedad; por devocion, por miedo, pag. 8.

NÚMERO 2.º

Mercado de esclavos en Mascate, pag. 9.  
Los pies y las manos, estudios de expresion, veinte y cuatro grabados, pags. 12 y 13.  
Las bellas artes en caricatura; la pintura, la música, la escultura y las letras, pag. 16.

NÚMERO 3.º

Conduccion de esclavos al mercado, pag. 17.  
Alto de esclavos, pag. 17.  
Juguete de todas las edades, los hombres, cuatro grabados, pagina 20.  
Juguete de todas las edades, las mugeres, cuatro grabados, pagina 21.  
Mapa de España, pag. 24.

NÚMERO 4.º

Huan-Gan-Jun, plenipotenciario chino, pag. 25.  
Religiosos del convento de Santa Catalina, subiendo viajeros al balcon que sirve de puerta de entrada, pagina 28.  
Interior de la capilla de Santa Catalina, pag. 28.  
Aspecto interior del convento de Santa Catalina, pag. 29.  
Vista general del monte Sanaí, pagina 29.  
Domingo de Ramos, pag. 32.

NÚMERO 5.º

Vista de Tiflis, capital de la Georgia, pag. 55.  
Constantinopla; calle de Mohamed, pag. 56.  
Mezquita Ahmed en la gran plaza del Hipódromo en Constantinopla, pag. 56.  
Tumba de la sultana Validé, pagina 37.  
Calle del Cementerio, en Eyond de Constantinopla, pag. 57.  
Los dias de la semana, siete grabados, pag. 40.

NÚMERO 6.º

Torre de los khans en Nakhtchivan (Grande Armenia), pag. 44.  
Muger é hija de Ali, pag. 44.  
Vista general de las minas de Mouzaia, pag. 44.  
Ali, obrero de las minas de Mouzaia, pag. 45.  
Una calle de Blidah, pag. 45.  
Tipos orientales, una tienda en Constantinopla, barbero armenio, café sobre el Bósforo, mugeres turcas en un cementerio, pagina 48.

NÚMERO 7.º

Armenia, Iglesia patriarcal, pagina 49.  
El Olimpo en el rincon de la calle, Júpiter, Mercurio, Vulcano, Ceres, Flora, Diana, Apolo y Neptuno, pags. 52 y 53.  
Javanescos, pag. 56.

NÚMERO 8.º

Jardin en las inmediaciones de Tiflis, pag. 57.  
Pompeya, pag. 60.  
Gran campaña de Moscou, pag. 64.  
Vista de Moscou, pag. 64.  
Ermita de San Saturnino en las inmediaciones de Soria, pag. 64.  
Pasiegos, pag. 64.  
Aragoneses, pag. 64.  
Valencianos, pag. 64.  
Sorianos, pag. 64.  
Leoneses, pag. 64.  
Malagueños, pag. 64.  
Canal del Sur en Valladolid, pagina 64.

NÚMERO 9.º

Vista de Liknaw, pag. 65.  
Caravana rusa, pag. 72.

NÚMERO 10.

Reunion periódica de los bramas en honor de las divinidades conservadoras y destructoras, pag. 75.  
Viaje ilustrado, cuatro grabados.

NÚMERO 11.

Un rancho de gitanos y bohemios, pag. 81.  
Escenas de costumbres, primer cuarto de la luna de miel.—Ultimo cuarto de la luna miel.—Primer sombrero.—Ultimo sombrero.

NÚMERO 12.

El observatorio de Herschel, pagina 89.  
La razon demostrativa, diez grabados.

NÚMERO 13.

Vista del jardin zoológico de Amberes, pag. 4.  
Corridas de patines por las mugeres en Frisa, pag. 4.  
Serenos, pag. 4.  
Hortelanos, pag. 4.  
Corrida de patines por los hombres en Frisa, pag. 5.  
Naturales de Hindelopen, pag. 5.  
Los bastones, nueve grabados, pagina 8.

NÚMERO 14.

El carnaval en Roma, pag. 105.  
Mugeres frisonas, pag. 108.  
Leeuwarden, capital de Frisia, pagina 108.  
Corredores de canales, pag. 109.  
Vendedor de queso y manteca de las inmediaciones de Sneek, pagina 109.  
Los bailes, escenas de costumbres, nueve grabados, pag. 112.

NÚMERO 15.

Canal de Venecia, pag. 4.  
Vendedores de perros en Londres, pag. 8.  
Depósito de perros robados en Londres, pag. 8.

NÚMERO 16.

Ciudadela de Bou-Saada, pag. 4.  
Don Pedro II, emperador del Brasil, pag. 4.  
Lord Wellington, pag. 5.  
Misterios del teatro.—Parte primera.—Proscenio, ocho grabados, pag. 8.

NÚMERO 17.

Ecce-Homo, copia de un cuadro de Murillo, pag. 4.  
Catedral de Amiens, pag. 4.  
Catedral de San Ambrosio en Milan, pag. 4.  
Catedral de Burgos, pag. 4.  
Sepulcro de don Juan II de Austria y de su esposa, en la catedral de Burgos, pag. 5.  
Catedral de San Mauricio, pag. 5.  
Catedral de Chartres, pag. 5.

NÚMERO 18.

Gay-Lussac, pag. 4.  
Los misterios del teatro.—Segunda parte.—Ensayos.—Variedades históricas, ocho grabados, pag. 8.

NÚMERO 19.

Erupcion del Vesubio, pag. 4.  
Espedicion al Dahomey; Djao, cabecero en traje de parada, pag. 4.  
El Amor, criado del fuerte francés, pag. 4.  
Yenohan, gefe de guerra del Salam francés, pag. 4.  
Muger felica de Acera, pag. 4.  
Yavohan, gobernador de Whyda, pag. 5.  
Passon, gefe de guerreros, pag. 5.  
Partida para la corte del rey Dahomey, pag. 5.

NÚMERO 20.

Baile dado por el ayuntamiento de Bruselas, pag. 4.  
Guezo, rey de Dahomey, pag. 4.  
Instrumentos de música guerrera, pag. 4.  
La reina favorita de Abomé, pag. 4.  
Prisioneros de guerra aguardando su suplicio, pag. 5.  
Mehou, primer ministro, y su madre en traje de ceremonia, pagina 5.  
Ayer, hoy y mañana, cuatro grabados, pag. 8.

NÚMERO 21.

Una tertulia de buen tono preparándose para un ensayo magnético, pag. 4.  
Esplorador de la guardia particular del rey, pag. 4.  
Música del cuerpo de las Amazonas, pag. 4.  
Gran cabecero en traje de parada, pag. 4.  
Cabeceros en gefe de las Amazonas, pag. 4.  
Mugeres de Dahomey, pag. 5.

Natural de Dahomey, pag. 5.  
El hijo del rey Guezo, pag. 5.  
Habitante de Dahomey en tiempo de lluvia, pag. 5.

NÚMERO 22.

Ejercicios gimnásticos en Ginebra, pag. 1.  
Ballena comun, pag. 4.  
Pesca de la ballena, pag. 4.  
El fisal cilindrico, pag. 4.  
Cachalote comun, pag. 5.  
Delfin comun, pag. 5.  
Escualo sierra, pag. 5.  
La pesca del arenque, pag. 5.  
Pesca del tiburón, pag. 5.  
Tiburón, pag. 5.  
Misterios del teatro.—Fuera de la escena.—Detrás del telon.—Distintas fisonomías.—Autores y periodistas, diez y nueve grabados, pag. 8.

NÚMERO 23.

César Cantú, pag. 1.  
Concepcion de la Virgen, copia del cuadro de Murillo, pag. 4.  
San Pedro encadenado, pag. 4.  
Vuelta de una cacería de osos en el Tirol, pag. 5.

NÚMERO 24.

La verbena de San Juan, pag. 1.  
Isla de Wight-Cowez, punto de arribo a la isla, pag. 4.  
Osborne-Housse, residencia de la reina de Inglaterra en la isla de Wight, pag. 4.  
Carisbook-Castle, prision de Carlos I, pag. 5.  
Steep-Hill, residencia de Mr. Hambrough, pag. 5.  
Vista de Almeria, pag. 8.  
Castillo de Alba de Tormes, pag. 8.

NÚMERO 25.

Mistress Enriqueta Beecher-Stowe, pag. 1.  
Baños de Cestona, pag. 4.  
Baños de Panticosa, pag. 4.  
Baños de Arechavaleta, pag. 5.  
Baños de la Isabela y baños de Sacedon, pag. 5.  
Baños de Viesgo en el valle de Toranzo, pag. 5.

NÚMERO 26.

Ocupaciones de la noche entre los tártaros, pag. 1.  
Caprichos por Marcelino, diez y seis grabados, pags. 4 y 5.

NÚMERO 27.

Jorge Stephenson, ingeniero inglés, pag. 1.  
Plaza de las ocho calles, pag. 4.  
Fuente de los Vientos, pag. 4.  
Fuente de Andrómeda, pag. 4.  
Los baños de Diana, pag. 4.  
Fuente de la Fama, pag. 5.  
Fuente de las Tres Gracias, pag. 5.  
Fuente del Canastillo, pag. 5.

NÚMERO 28.

Mugeres kalmucas, pag. 4.  
Procedimiento mecánico para la oracion, pag. 4.  
Gran sacerdote kalmuco, pag. 5.

Templo kalmuco, pag. 5.  
Kiosco por Duval, pag. 8.

NÚMERO 29.

Fenimore Cooper, pag. 1.  
Parte superior de los baños de America, pag. 4.  
El Canigu, pag. 4.  
La roca de Anibal, pag. 5.  
Puente de Palalda, pag. 5.

NÚMERO 30.

Vista de la via Apia, pag. 1.  
El juego, pag. 4.  
El vino, pag. 4.  
El amor, pag. 5.  
El tabaco, pag. 5.

NÚMERO 31.

Pastores que van a ordeñar las vacas, pag. 4.  
Operacion de cocer la leche en la quesería, pag. 4.  
Colocacion de los quesos en el molde, pag. 5.  
Mercado de quesos, pag. 5.  
Don Leandro Fernandez de Moratin, pag. 7.  
Reloj de Munster.

NÚMERO 32.

Don Antonio Lopez Santana, pag. 1.  
Calle y puerta de Ostrabrama, Rusia, pag. 4.  
Iglesia de los Bernardinos en Wilna, Rusia, pag. 5.  
Ecce-homo.  
Mater Dolorosa.

NÚMERO 33.

Pedro el Grande, pag. 1.  
Casa de Pedro el Grande en Saar-dam, pag. 1.  
Habitaciones modernas, pag. 4.  
El buen samaritano, pag. 5.

NÚMERO 34.

Ruujit-Sing, hace le lean los libros sagrados indios en el terrado de su palacio, pag. 4.  
Figura india, pag. 4.  
El gran Mogol, pag. 4.  
Figura india, pag. 4.  
Paso del Tigris, pag. 5.  
Vendedor de serpientes, pag. 5.  
Figura india, pag. 5.

NÚMERO 35.

Ejecucion en Persia, pag. 1.  
Ginetes wahhabitas, pag. 4.  
Wahhabitas de la tribu de Bein-Khaled, pag. 4.  
Trage de un gefe wahhabita, pagina 4.  
Torcido de la seda, pag. 5.  
Tejido de la seda, pag. 5.  
Plano de la isla de Santa Elena, pagina 8.

NÚMERO 36.

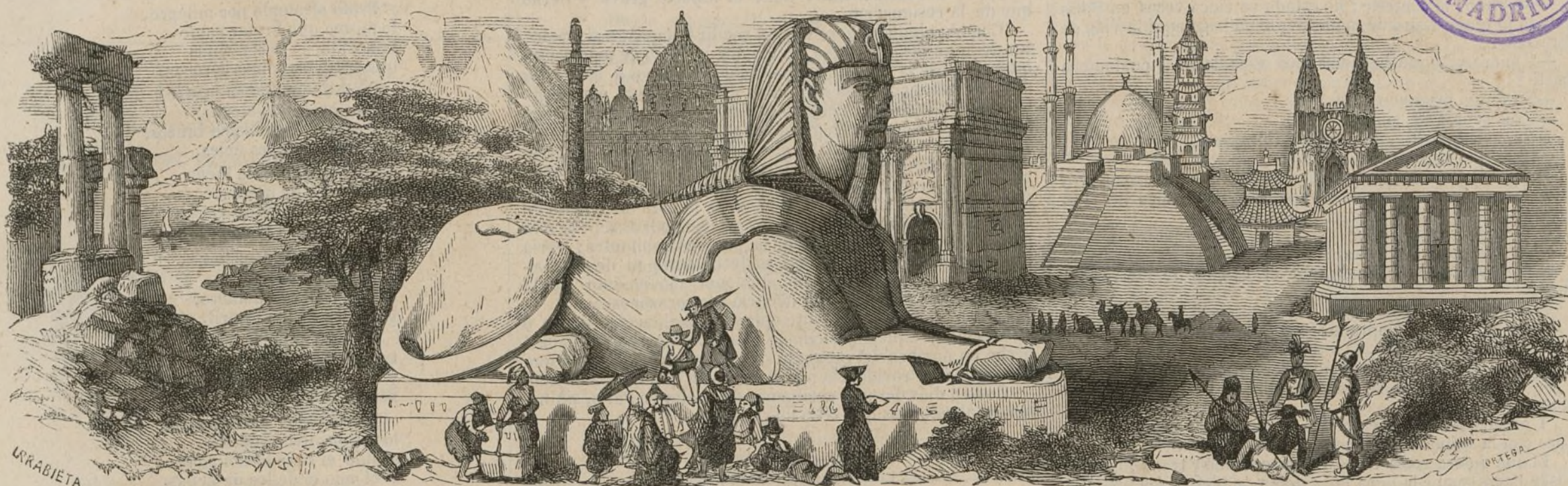
Acueducto de Segovia, pag. 1.  
Puente de Rialto en Venecia, pag. 4.  
Puente de Amsterdam, pag. 4.  
Fuente de Djelot Toundo, pag. 5.  
Ruinas de Pampang, pag. 5.  
Ruinas de Modjopahit.—Templo de Moeteran, pag. 5.



# EL UNIVERSO PINTORESCO,

PERIÓDICO MENSUAL.

10 ENERO, 1882.



Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. . . 20 rs.  
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Príncipe, Madrid.

No se admiten suscripciones a este periódico solo, sino con el Museo.  
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. . . 24 rs.  
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

## SUMARIO.

Un viaje improvisado.—Madrid al amanecer, por don Eduardo Gar-  
rido.—La Desvergüenza, por don Manuel Breton de los Herreros.—  
Castillos en el aire, por don Luis Mariano de Larra.—La Huérfana  
de los Pirineos, novela por don José Maria de Goizueta.  
GRABADOS. Vista del palacio de Eisenach.—LOS CUATRO ELEMENTOS,  
el Aire, el Fuego, la Tierra, el Agua.—LA CARIDAD: para ejemplo,  
por piedad, por devocion, por miedo.

### Un viaje improvisado.

Los caminos de hierro que deben unir y aproximar las di-  
ferentes partes de Europa, ese sueño de hace veinte años, se-  
rá bien pronto una realidad excepto para España. Un esfuer-  
zo mas, y Viena y Berlin, esos grandes centros de la Alema-  
nia estarán a las puertas de París: un poco de perseverancia y  
la capital de Francia se hallará muy inmediata a Munich,  
Dresde, Francfort y Weimar, capitales de los estados secun-  
darios del Norte.

Este resultado asombra aunque haya sido previsto, y nos  
habremos acostumbrado a él, por decirlo así, antes de creerlo.

El tiempo, ese capital olvidado antiguamente, ha adqui-  
rido en el día tan grande importancia, que hasta la misma lo-  
comotora no satisface nuestra impaciencia, necesitaria el im-  
pulso y las alas del pensamiento, ese hipógrifo de acero que

irrita nuestros nervios con su desapacible ruido, y nos sofo-  
ca con su abrasador aliento.

Nuestros padres tenían marcadas las horas para sus via-  
jes, sabían que aquel acontecimiento que formaba época en  
su vida, no podía hacerse con rapidez, y en su consecuen-  
cia en la tranquilidad habitual de una existencia serena y  
metódica. En el día sucede todo lo contrario; el viaje se ha-  
ce en prosa, y en la vida ordinaria reinan la agitación y la  
duda; en cuanto el padre de familia se ausenta de su hogar  
duda; en cuanto el padre de familia se ausenta de su hogar,  
recorre en su imaginación, como el sábio antiguo de que ha-  
bla Scapin, todos los sucesos desagradables que puede encon-  
trar a su regreso; figúrase su casa incendiada, su dinero ro-  
bado, su muger muerta, estropeado su hijo, seducida su hi-  
ja, y si nada de esto le sucede en general, lo atribuye a su  
buena fortuna.

Todas y cada una de estas cosas, es posible en la tormenta  
revolucionaria en que vivimos, y aun todas podrían suceder  
simultáneamente, lo cual explica por qué al tiempo de mar-  
char se sienten ya los deseos de volver: y sin embargo los  
viajes son la manía de la época. Durante el verano, la modas  
y la medicina ponen en movimiento la cuarta parte de la po-  
blación de todas las capitales del mundo; pero si esto sucede  
de ordinario, en el presente año de gracia la exposición de  
Londres ha servido de aliciente, ó mejor dicho de pretexto  
para viajar a unos cuantos miles de personas. Los españoles,

que tenemos la honra de ser la escepcion en cuanto a vías de  
trasporte, y para quien por esta causa el viaje a Londres ha  
sido relativamente mas largo y mas costoso, no hemos sido,  
sin embargo, los mas escasos en número, porque tratándose  
de lucirlo, todavía nos acordamos del tiempo en que nos lu-  
ciamos. A la mayoría de nuestros compatriotas no les ha gos-  
tado la capital del reino unido: todos han reconocido su mé-  
rito, todos han admirado el movimiento, la vida artificial de  
un pueblo tan inmenso; pero aquel cielo opaco, aquellas cos-  
tumbres tan diferentes de las nuestras, aquella gravedad me-  
tódica de los ingleses, se adapta mal a nuestro carácter; así  
es que una semana ha sido el tiempo que por lo comun han  
empleado los españoles en ver la esposicion, y en seguida to-  
dos se han refugiado, ó para hablar con mas propiedad, todos  
nos hemos refugiado en París a disfrutar de las funciones a la  
industria universal, de los trenes del placer, de las ascensio-  
nes aerostáticas del Hipódromo y de las Arenas, de las fies-  
tas campestres y de todos los placeres y atractivos que ofre-  
ce la capital de Francia a los extranjeros, en cuyo género  
preciso es convenir que no tiene rival. Durante dos meses  
puede decirse que, en los paseos, en las fondas, en los tea-  
tros, y en todos los sitios públicos de París, se oía hablar es-  
te verano tanto español como francés, porque en Francia el  
español se va generalizando, como el francés en España, y a  
fuerza de viajes y emigraciones vamos inculcando en el veci-  
no reino nuestro idioma y nuestro chocolate.



Palacio de Eisenach, residencia de la duquesa de Orleans



Pero insensiblemente me he extraviado del objeto de este artículo, que no es otro, sino probar la velocidad con que se hacen en el día los viajes.

Me hallaba yo una noche en París sentado solo á la puerta de uno de los cafés de los *bulevares*, tomando un sorbete, y vino á unírseme un amigo, español también y muy conocido en la buena sociedad de Madrid.

—¿Qué planes tiene vd. para mañana? me dijo despues de hablar de mil cosas indiferentes.

—Ninguno, le contesté; he estado ya cinco veces en París y todo lo tengo visto, de manera que no hago aquí la vida de forastero.

—¿Quiére vd. que hagamos una expedición á cualquiera parte?

—No tengo inconveniente.

—Pues señale vd. punto.

—No, señálole vd., que es quien propone.

—Iremos al Havre.

—¿Y qué adelantamos con ver un puerto de mar como otro cualquiera, despues de haber admirado las orillas del Támesis?

—Iremos á Bélgica.

—Ya he estado dos veces.

—Pues vamos á Alemania por el camino de hierro del Norte.

—Convenido. ¿A qué hora?

—Por la mañana temprano.

—¿Y los pasaportes?

—Es verdad: por la tarde á las seis en el tren del correo.

—Perfectamente. A las cinco le espero á vd. para que comamos juntos.

Y en efecto, al siguiente día al anochecer corrimos leguas con la velocidad del rayo.

El que quiera gozar en un viaje reposado y tranquilo debe desde París seguir la línea del camino de hierro que une á la Francia con la Bélgica y la Alemania, dirigir una mirada al hermoso país de Lieja, atravesar el Hannover, el Brunswick y la Sajonia prusiana, dormirse sin cuidado mientras recorre aquellas inmensas llanuras sembradas de pueblecillos y volver á abrir los ojos en Hala ó mas bien en Meserburgo, donde á los terrenos áridos y tristes suceden fértiles campiñas y variados horizontes.

Bien pronto aparecen Weissenfels, su cúpula y el Salea, cuyas graciosas revueltas bañan alternativamente los pies de un antiguo castillo, ó las nuevas fábricas elevadas por la industria moderna.

Esta deliciosa comarca es el paseo favorito del *tourista* alemán, que la llama su pequeña Suiza: á sus pintorescos sitios se agrega el interés histórico: en la iglesia de Weissenfels yace el cuerpo de Gustavo Adolfo: mas lejos os enseñan un gabinete en donde se halla escrita una grande N. Allí se retiró Napoleon despues de la batalla de Lutzen.

Por encima de estos gloriosos recuerdos de la historia moderna descuellan las maravillosas leyendas de la edad media: os halláis en la antigua Thuringia, con sus colinas coronadas de castillos arruinados unos y desmantelados otros; nidos de águilas, que sirven todavía de mansion á algun filósofo entregado á las meditaciones. Cada ruina contiene una historia, y entre las nieblas que los coronan, se cree ver aparecer las fantasmas de los antiguos burgraves.

Dejad andar errante por entre aquella naturaleza agreste á la loca de aquella morada, y creereis ver bajar de los castillos que dominan tres montañas de igual elevación, á los tres condes de Gleichen cuando marchaban á la cruzada: uno de ellos trayendo desde Jerusalem la muger árabe que le había salvado la vida, y encontrando á la entrada de su palacio á su cristiana esposa que los recibe á ambos con los brazos abiertos.

El vapor deja bien pronto detrás de sí aquellas ruinas y los recuerdos que despiertan: hé ahí á Weimar, la grande, la sabia, la modesta Weimar, residencia de la ilustre rama Ernestina de Sajonia: Weimar, en donde resplandecen los ilustres nombres de Goethe, Schiller, Herder, Wieland y Lucas Kranaek. Hé ahí á Erfurth, la ciudad de los congresos, y la industriosa Gotha.

Limitan el horizonte las montañas que unen la Thuringia á la Bohemia: bien pronto el railway se detiene en Eisenach en el centro de la Thuringia. En todo su alrededor, las montañas cubiertas de árboles y malezas, de las que salen entre los abetos puntiagudos peñascos, solo dejan entre sí unos vallecitos estrechos, por cuyo fondo serpentean como hilos de plata, arroyuelos que se reúnen ó se pierden en cristalinas balsas.

Eisenach se halla situado al pie de la montaña de Wartbourg, en un valle en donde se junta el Hesse y el Harsel, y van á dar vida y movimiento á herrerías florecientes.

Eisenach encierra en su recinto diez mil almas, y aunque va no tenga la misma importancia que en otro tiempo, es todavía la ciudad de tránsito de todo el norte de la Alemania á Francfort.

El aspecto de ese país, que inspiró á Hoffmann uno de sus mejores cuentos, detiene y seduce al viajero.

El castillo ó palacio de la Wartbourg, es la mas interesante de las mansiones feudales de la Thuringia: antigua residencia de los landgraves, Wartbourg fué habitada por San Luis de Thuringia y por Santa Isabel de Hungría: no hay allí un sendero ni un peñasco que no recuerde las proezas de Luis IV y la santa vida y los milagros de su esposa.

En 1521 Lutero perseguido, encontró un asilo en Wartbourg, en donde permaneció oculto nueve meses: allí tuvo con el diablo su famosa conferencia nocturna, que terminó por la abolición de las misas privadas: allí concluyó su version del Nuevo Testamento, y reunió los diseminados miembros de la reforma.

Eisenach es una de esas ciudades alemanas, tranquilas, sencillas y modestas: sus casas, caprichosamente construidas y pintadas con variedad de colores, asombran mas que agradan al primer golpe de vista.

El palacio de Eisenach, situado en la plaza mayor, es en el día la residencia de la duquesa de Orleans: allí ha llevado á la noble desterrada, la tempestad de febrero, despues de haber derribado un trono: es el retiro escogido por la inocente victima de las civiles discordias, y á quien la Alemania se contrasta y envanece de dar un asilo.

En los tiempos en que vivimos todos arrastramos una existencia mas ó menos agitada y turbulenta, probada por la

prosperidad y en seguida por la desgracia, dos crisoles en donde se purifican las almas de mejor temple: la duquesa de Orleans se engrandece con cada prueba: dedicada exclusivamente á la educación de sus dos hijos, emplea sus afanes, su solicitud y su ternura maternal en hacerles amar á la Francia, su segunda madre, de la que hasta ahora no han podido conocer mas que los rigores.

Lo interior de aquel palacio hospitalario, consagrado al estudio y el recogimiento, tiene el aspecto grave y tierno que dá la resignación.

Cuando algun viajero llega á rendir homenaje al carácter de la augusta princesa, reina allí un poco de animación: interrumpese la monotonía habitual con paseos á los restos de la Wartbourg, á las gargantas del Marienthal ó al desfiladero del Aunathal, cerrado por poñascos verticales de un aspecto tan pintoresco como imponente.

Algunas veces, los viajeros dirigen sus paseos al agreste sitio de Landgrafeuschlucht. Los jóvenes principes participan de estas distracciones, que para ellos son unas verdaderas fiestas, y por la noche, cuando suena la hora del reposo en la silenciosa Eisenach, el eco del palacio podría repetir á la patria las palabras pronunciadas por sus habitantes: veria por ellas que ninguno de sus padecimientos ni de sus males le son estraños, y que el menor movimiento de la Francia hace palpar con violencia sus corazones.

Nosotros, españoles, contemplando aquel cuadro tierno é interesante, aquellas victimas inocentes de una revolucion hecha en nombre del progreso social, no pudimos menos que bendecir á la Providencia por el atraso en que nos ha dejado.

Cuatro dias despues estábamos de vuelta en París, sin haber empleado mas que ocho en el viaje.

M.\*\*\*

### Madrid al amanecer.

Mientras que á subir el Pindo,  
aspiran vates imberbes,  
rebuscando los tesoros  
que el alba vierte... ó no vierte;

Y mientras que otros invocan  
á cualquiera de las Nueve,  
para gustar las delicias  
de Castalia ó de Hipocrene,

Andome yo por los de Ubeda,  
bastante frecuentemente,  
y, el favor solicitando  
de la deslenguada Némesis,

O inspirándome en las aguas  
del Berro ó de la Cibeles,  
verdades claras y lisas  
de mi pluma se desprenden.

Con los poetas eróticos  
cojo el sueño casi siempre,  
y de bucólicos vates  
huyo como de la peste.

Jamás he sido sensible  
á las delicias silvestres,  
ni para mí las zagalas  
encanto ninguno tienen,

Ora sea su cabello  
lustroso como el de Febe,  
ora, por lo crespo, sea  
un columpio de las liendres.

A la carroza de Apolo,  
con sus igneos corceles,  
prefiero un coche-simon  
con dos jamelgos endebles,

Y llevo bastante á mal,  
el que á céfiros se eleven  
los aircillos colados  
que del Guadarrama vienen.

Por eso al trazar el cuadro,  
que la capital ofrece  
cuando la noche se acaba  
y empezar el día debe,

No hayan miedo mis lectores  
de que al Olimpo me acerque,  
ni tampoco de que aspire  
á darles gato por liebre.

—Era una noche estrellada,  
de aquellas en que noviembre,  
con asmáticos y tísicos  
hace de doctor las veces.

Mi astur, que se viste de hombre,  
aunque acémila parece,  
dormido, ¡pese á su vida!  
como los astures duermen,

A los golpes de aldabon  
se mostró sordo, el imbécil,  
y me dejó en el arroyo,  
de mi astur echando pestes,

Las cuatro de la mañana  
serian escasamente;  
exhausto ya en los faroles  
el archi-sisado aceite;

Abandonadas las calles  
por los vigilantes célibes  
que á las Aspasias nocturnas  
deben prender y no prenden;

Y yo, de prudencia y frio,  
pegando diente con diente,  
en el dintel de una puerta  
tuve, al fin, que guarecerme.

Reflexion tras reflexion,  
iba casi adormeciéndome,  
cuando á despertarme vino  
la voz de otro ser viviente,

Era una agraciada joven  
de quince abriles ó veinte,  
cuya historia y cuyo horóscopo  
con brevedad puede hacerse,

Produccion incomprensible  
de dos degradados seres,  
por el azar reunidos  
de otra puerta en los dinteles,

Brotó al mundo por milagro,  
lo mismo que brotar suele  
la semilla de esas plantas  
que entre las ruinas florecen.

Dióle de mamar su madre,  
quizá interesadamente,  
por mover, con ella en brazos,  
á compasión á los fieles,

Y abandonándola luego  
al capricho de la suerte,  
ha crecido entre los vicios  
y hoy entre el vicio perece.

Aguárdale el hospital,  
y allí desolada muerte,  
oscura como su nombre,  
y como su vida estéril.

Empero aquella infeliz  
tenía el humor alegre;  
y como, por otra parte,  
necesitas caret lege,

Hicela sitio, y cambiamos  
los respectivos papeles,  
siendo el suyo el del amor,  
y el mio el de los desdenes.

De prueba tan peligrosa,  
gracias á un miedo prudente,  
mi virtud y mi bolsillo  
lograron salir indemnes.

En esto, la capital  
empezaba á removerse,  
y al silencio de la noche  
diversos ruidos suceden.

En los parages mas públicos  
fijan su hornilla y sus trévedes,  
vendedores de agua-chirle,  
vulgo, de café caliente.

Las plazuelas se iluminan  
con los candiles que encienden  
los, hoy día, ricos-homes  
de hacha, cuchillo, y macheto.

De los antros infernales,  
en cuyas calderas hierven  
los buñuelos que fabrica  
un Pluton con zaragüelles,

Brotan furias enfaldadas  
que los buñuelos revenden,  
y tal cual devoto á Baco  
que sale dando traspieses.

Las puertas de algunas casas  
se abren misteriosamente  
ora para dar salida  
á un escueto pisaverde,

Ora para que se largue  
de una fregatriz el mueble,  
á quien la indiscreta Aurora  
en calzoncillos sorprende.

Por aquí cruza un perdido  
y cuatro cucas inermes,  
pseudo-viudas de otros tantos  
generales é intendentes,

Dispuestas á cualquier cosa  
para que su trueno cese  
y proseguir frecuentando  
del gazapon el tapete.

Detrás les sigue un tatur  
envuelto entre paño y pieles,  
griego, como el mismo Caco,  
y como Candelas, célebre.

Trotando, despues, asoman  
algunas burras de leche,  
destinadas á nodrizas  
de pecadores enclenques.

Los horteras principiantes  
á cuyo ingenio concierne  
el barrido de la tienda,  
y el fregado de anaques,

Empuñando horquilla y zorros  
la diurna tarea emprenden,  
por mas que sus sabañones  
con tal faena se inquieten.

Luego, salen las criadas  
á la compra diligentes,  
y el producto de las sisas  
con desprendimiento invierten,

En convidar á sus cueros,  
que suelen ser buenos peines,  
ó en pagar á las pasiegas  
que á su guarda-ropa atienden.

De los pueblos comarcanos  
una nube se desprende,  
que la Capital inunda  
de aldeanas y payeses.

Y el estruendo de los carros  
que, por una órden reciente,  
al toque de campanilla,  
espuestas buscando vienen;

Los cánticos incesantes  
con que denodadamente  
rasgando guitarras roncadas,  
timpanos los ciegos hieren;



Y la gritería, en fin,  
de ambulantes mercaderes,  
agregada á las camorras  
que á millares se promueven,  
En un nuevo *pandemonium*  
á la Capital convierten,  
y á Madrid dan el carácter  
de una corte *sui generis*.

E. GARRIDO.

## LA DESVERGÜENZA.

POEMA DIDACTICO JOCO-SERIO.

DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS (1).

## INVOCACION.

## I.

No tú, cándida virgen que del cielo  
tras del primer pecado descendiste,  
hija de la inocencia, cuyo duelo  
el ser te dió que póstuma adquiriste;  
no tú que un tiempo pudibundo velo  
fuiste á la humana faz pálida y triste,  
mi númen serás hoy; porque, en resumen,  
si tal númen existe, que me emplumen.

## II.

Tal vez allá en el siglo de Saturno,  
del cual solo el *extracto* está vigente,  
pisó este amargo valle tu coturno;  
mas cuando Astrea huyó de entre la gente,  
pronto, oh Niña, entrarías en el turno;  
que, si la recta lógica no miente,  
do la justicia á declinar comienza  
¡echéle usted un galgo á la vergüenza!

## III.

No negaré, que de imparcial blasono,  
el mérito de Porcia, ni el de Arria,  
ya las alzase de la gloria al trono  
virtud celeste ó cívica fanfarria:  
la pudicia en la vestal abono  
de antigua Roma ó de moderna Alcarria;  
si bien el que rebusque cronicones  
á la regla hallará sus excepciones.

## IV.

Mas si la prez de incólumes doncellas  
en mas tuvieron que el mundano plastro,  
tal vez la fosa atroz contuvo á aquellas  
y á estas las llaves cien de austero claustro.  
Yo su pudor pondría en las estrellas  
expuesto á luna y sol, céfiro y austro;  
mas dijo bien el otro que decía:  
«Si votos ¿á qué reja y celosia?»

## V.

Castas matronas hubo en Roma, en Grecia  
dignas de adoracion con mirra y cásia.  
¿Quién, oh Artemisa, tu dolor no aprecia?  
¡Viuda sublime, admiracion del Asia!  
Virtud, aunque tardía, hubo en Lucrecia  
entre tantas discípulas de Aspasia,  
y honor á ti, ¡oh Penélope valiente  
fiel cuatro lustros al marido ausente!

## VI.

Mas si á este mundo pecador volviera,  
¿qué diría de Erifile Anfírao?  
¿Qué de aquella gitana zalamera  
el que á la gloria prefirió su nao?  
Diga de Troya misera la hoguera  
quién la consorte fué de Menelao,  
¡y ahí es cosa que vale dos cominos  
lo que hizo en Creta la mujer de Minos!

## VII.

Y Fedra á su entenado persiguiendo  
digna fué de tal madre y tal maestra;  
y la fé conyugal te recomiendo  
que guardó al rey de reyes Clitemnestra;  
y las Danáides que el puñal horrendo  
clavaron (menos tú, fiel Hipermnestra)  
después del *gaudeamus* (esto es óvio)  
cada cual en el pecno de su novio.

## VIII.

Mas aun quedaba de pudor un resto  
que al menos con el manto de la noche  
el tráfico cubria deshonesto,  
temeroso del público reproche:  
todavía el estupro y el incesto  
no ostentaban su ceno en áureo coche:  
todavía el pecar no era tan vándalo  
que hiciese gala y pompa del escándalo.

## IX.

Faltabas tú, infiel cónyuge de aquel  
emperador estólido infeliz;

tú que osaste ¡oh rubor! en un burdel  
la diadema manchar de emperatriz;  
tú que de Juvenal la santa hiel  
provocaste y, augusta meretriz,  
diste á tu nombre privilegio tal  
que es ya infame adjetivo proverbial.

## X.

Desde entonces la tímida modestia  
fué en la tierra el fenómeno mas raro;  
tratada fué de hipócrita y de bestia  
la que al vicio decía: *verbum caro!*;  
la virtud fué ridícula molestia,  
y el insolente y cinico descaro  
se llamó gentileza y donosura,  
gracia el insulto, el crimen travesura.

## XI.

Cundió la peste hasta el ignaro vulgo,  
y en Londres ó París, Roma ó Sigüenza  
de pampolina se apoda o de repulgo  
de empanada ¡oh vergüenza! á la vergüenza;  
y no soy yo el primero que promulgo,  
aunque adagio tan ruin no me convenza,  
aquellos de «era verde y un borrico  
con ella regaló su torpe hocico.»

## XII.

¿Y quién hará olvidar á los *audaces*  
lo de *fortuna juvat timidosque*....?  
¿No oyes á lenguas mil decir procaces,  
en la ciudad lo mismo que en el bosque,  
«gocemos, que las horas son fugaces;  
do pique á cada quisque allí se cosque,  
porque honra y pro no caben en un cesto  
y á prior nunca llega fray Modesto?»

## XIII.

Por tanto, aunque te rinda por de dentro  
mi pio corazón férvido culto,  
acobardado en él lo reconcentro,  
¡almo pudor! ¿Por qué? Porque tu bulto  
tanto se esconde ya, que no lo encuentro,  
y porque temo al pueblo, que en tumulto  
lloverá sobre mi piedras y apodos  
si solo yo peleo contra todos.

## XIV.

Sigo pues la corriente, y como el Diabolo  
fama es que un día en hábito francisco  
predicó con angélico vocablo  
por volver las ovejas al aprisco,  
inversa yo predicacion entablo  
erigiendo al pecado un obelisco;  
bien que al contraste falte lo esencial:  
el ser yo querubín ó cosa tal.

## XV.

No es dado ya como *in diebus illis*  
tempear sin rebozo contra el vicio;  
mas sin mojar la pluma en atrabilis  
quizá ¡oh, virtud! trabajo en tu servicio  
si entienden los discretos el busilis  
de este poema que burlando inicio;  
que, á favor de la chanza ó la ironía,  
sátira suele ser la apología.

## XVI.

Hecha esta salvedad, ¡sus! yo pregonó,  
¡oh DESVERGÜENZA! tu poder inmenso;  
y párias rindo á tu infestado trono;  
y á tu escuálido altar tributo incienso;  
y las sienes de pámpanos coronó;  
y el tirso empuño; y entre el humo denso  
del crapuloso vino y el cigarro  
tus gracias cuento y tus proezas narro.

## Primera felicidad y último recurso.

He aquí una historia que pertenece á todos los tiempos;  
contemplad á una pobre niña, que tiene diez y seis años, y  
es bonita y amada; acaba de recibir el anillo precursor de su  
enlace. ¡Qué cosas tan lindas le dice el anillo! ¡Cuántas pro-  
mesas le hace! En primer lugar tiene que ver una magnífica  
cesta con sus trages de boda, con diamantes y otros objetos  
de adorno; dejará de ser soltera; tendrá su equipage exclu-  
sivo, irá al Prado todas las tardes con su esposo en su car-  
bandeja, y las demas señoras la envidiarán; los jóvenes la ad-  
mirarán; dará saraos y será la reina del festejo. El público  
madrileño la verá en todas las primeras representaciones  
teatrales, atrayendo las miradas de todo el mundo. El lunes  
al Teatro Real; el martes al Coliseo Francés; el miércoles al  
Príncipe; el jueves á los Basilio; el viernes al Circo; el sába-  
do á la reunion de la señora de N\*\*\* y el domingo se lucirá  
en su casa. Su marido la dará gusto en todo y adivinará sus  
menores caprichos; la vida se presenta á sus ojos como un  
sueño espléndido; la ventura la sonríe, y ella no tendrá mas  
que lanzarse en el porvenir.

En efecto, se lanza. Se verificó el casamiento; va á sabo-  
rear las dulzuras de la luna de miel á París; regresa á la corte,  
trascurren seis meses como seis días; el anillo no ha mentido  
hasta aquí. La joven ha llegado á ser madre; una felicidad aña-  
dida á otra nueva felicidad. Pero bien pronto se oscurece el  
espejo; el marido que se ha lanzado en los negocios no ha sido  
afortunado en sus especulaciones. El menage de casa no es ya  
tan brillante, y la esposa es la primera en proponer el sa-  
crificio de su lujo. ¿Qué se hicieron los bailes, los festejos y

losteatros? Tiene hijos; sus hijos constituyen su alegría y su  
orgullo. Se despiden sin pesar de todos los gozes de la vida;  
abandona las soberbias apariencias y pasa á vivir á una casa  
modesta: pero los días van siendo cada vez peores. El es-  
poso ha querido reconquistar su perdida fortuna, y después  
de haber luchado mucho tiempo con ella se ha visto com-  
pletamente arruinado. La enfermedad se junta con la mise-  
ria; el esposo muere y la esposa queda sola en el mundo  
con sus hijos.

Héla aquí en frente de la realidad y esclava infortunada  
de la desgracia. El sueño se ha desvanecido: ha vendido uno  
á uno todos los despojos de su antiguo esplendor; después  
se ha retirado á una pobre bohordilla con sus dos hijos; po-  
bres seres que no comprenden todavía el extremo de la infe-  
licidad que los cerca. La madre luchará contra la adversi-  
dad; trabajará incesantemente para dar á su familia el pan de  
todos los días. Esta joven, ayer tan brillante, y hoy tan des-  
venturada que sus antiguos amigos no la reconocen ya, se  
entrega efectivamente con frecuencia á los trabajos de la  
aguja que reportan poco mas de tres reales diarios. Supone  
la desventurada que ha llegado al último grado del infortu-  
nio; pero no ha agotado todavía el cáliz de la amargura. Un  
día le faltó el trabajo; le buscó y no le halló en ninguna  
parte; los hijos le piden el almuerzo cotidiano, y la madre no  
tiene nada que darles; mira en su derredor por si halla algun  
vestigio de su desvanecida fortuna.... Nada, todo ha sido  
vendido pieza por pieza, pedazo por pedazo, y no sabe que  
resolucion tomar.... De repente ven sus ojos aquel anillo de  
boda, único recuerdo de su perdida felicidad. Le lleva á sus  
labios por última vez... En este momento despierta. Gracias  
sean dadas á Dios.... nada era verdad; no era mas que un  
sueño, una pesadilla. Es la misma niña de antes; pero este  
sueño que ha experimentado le parece una secreta adverten-  
cia del Todo-poderoso. Desde este momento no pensó exclu-  
sivamente en los trages, en los diamantes y en los teatros,  
pues que pensó tambien en ser una muger de su casa. No  
despreciará la distraccion cuando la casualidad se la ofrezca;  
pero no vivirá únicamente para los bailes y las fiestas. Parte,  
niña querida, tu pretendido te aguarda y piensa que la rea-  
lidad está en el sueño que tuvistes.

¡Ay! algunas veces, lo que he contado no es un sueño, se  
ve á menudo á una pobre madre de familia abandonada, ora  
por la ausencia, ora por la muerte de su marido, que se des-  
prende pieza por pieza, pedazo por pedazo, de los objetos  
mas queridos y de los mas gratos recuerdos. ¡Cuántas muge-  
res en Madrid, no se hallarán hoy en esta trágica posición!  
El trabajo de la muger tiene tan poca recompensa, que no  
puede ganar, aun cuando trabaje todo el día, y algunas  
veces gran parte de la noche, arriba de cuatro reales. Con  
cuatro reales es preciso que se alimente ella y sus hijos, que  
pague casa y se vista ella y sus niños. ¿Y cuándo la obra  
falta, ó cuando la enfermedad llama á la puerta de la casa?  
Entonces es cuando la pobre madre mira en su derredor y  
pregunta si tiene que llevar algo al *Monte de Piedad*. ¡Cuán-  
tas cruces de oro, cuántos anillos, y cuántas otras cosas  
de algun valor efectivo entran en este golfo para no salir  
jamás! Lo que debe sobre todo provocar la atencion del le-  
gislador, es la posicion de estas criaturas, de estas desgra-  
ciadas mugeres abandonadas; estas criaturas, cuando llegan  
á la edad de diez años, á esa edad en que necesitan ser  
tan vigiladas, se ven forzosamente entregadas á sus propios  
instintos; la madre habrá sucumbido, ó si ella vive todavía,  
se verá de tal modo preocupada por tener que atender á  
las necesidades diarias, que no podrá ejercer sobre su fa-  
milia la menor vigilancia.

Entonces los niños contraerán forzosamente malas cos-  
tumbres; se acompañarán con otros chicos mal educados ó  
abandonados como ellos, y llegarán á ser á cierta edad, lo  
que llamamos pillos, ó hombres de mala conducta.

Señores legisladores, que os entregais tan de lleno á  
cuestiones que no tienen tantas consecuencias como la mala  
educacion de la juventud desgraciada, os recomiendo para  
que leais la obra de Parent-Duchatelet, que ha descendido  
á las mas bajas regiones de nuestro estado social, y os con-  
vencereis de que casi todas las ejecuciones de justicia han re-  
caído sobre personas que en su niñez fueron desgraciadas, ó  
que no pudieron llevar á cumplido término su carrera, y  
que se han visto precisadas á entregarse á sus funestas in-  
clinaciones. Todavía le queda á la caridad un problema que  
resolver.

B\*\*\*

## Singular existencia de una joven.

Leemos en un periódico extranjero, que felizmente no es  
de medicina, lo siguiente:

«Existe hoy en Jurieux una joven sobre la cual se puede  
observar un fenómeno singular de fisiología. Se ha probado  
hasta la evidencia que desde que llegó á la edad de tres  
años esta joven no ha tomado ninguna clase de alimento; ni  
come, ni bebe nada. Está escesivamente débil, y como pa-  
ralizada de las piernas y de la parte inferior del cuerpo;  
pero fuera de esta debilidad, se encuentra buena sin resen-  
tir de ninguna clase de padecimientos.

«Su delgadez es estremada, y aseguran están de tal ma-  
nera disecados sus intestinos, que cuando verifica un movi-  
miento cualquiera se los oye removerse en su vientre.

«Esta joven permanece constantemente en la cama, sin  
que se manifieste en ella ningun género de necesidad; sola-  
mente orina tres ó cuatro veces al año.

«¿Qué problema debe resolverse con mas interés que se-  
mejante existencia? Los hombres del arte dicen que no exis-  
te ninguna razon para que cese este estado. La vida de esta  
joven puede prolongarse de este modo mas allá de todo lí-  
mite razonable.»

La novedad para nosotros en esta relacion no es el hecho  
de la joven, pues los anales de la ciencia refieren casos idé-  
nticos, sino la existencia de *estos hombres del arte que dicen  
no hay razon para que este estado cese, y que esta vida  
puede prolongarse de este modo mas allá de todo límite ra-  
zonable.*

(1) Debemos á la fina amistad del señor don Manuel Breton de  
los Herreros el poder insertar en nuestro periódico la adjunta mues-  
tra de la obra que está escribiendo con el título que sirve de epígra-  
fe, y que está destinada sin duda alguna á aumentar el justo renom-  
bre que goza el autor como uno de nuestros primeros poetas.



## Los cuatro elementos: estudios alegóricos por Bertail.



EL AIRE.



EL FUEGO.



Los cuatro elementos: estudios alegóricos por Bertail.



LA TIERRA.



EL AGUA.



### ¡Castillos en el aire!

No es la lengua española de las menos filosóficas, así en la construcción de sus palabras como en la formación de sus frases. Tenemos algunas de estas últimas que difícilmente podrían explicarse con mas verdad y mas filosofía; verdad desgarradora siempre y filosofía escéptica por naturaleza. Nuestro carácter español está á veces poco en armonía con nuestro cielo meridional, y mas bien pecamos de graves y concienzudos como los hijos del Norte, que de bulliciosos y superficiales como los hijos del Mediodía. Sea que la civilización, verdadera manzana del paraíso que por un instante de placer nos llega siglos de amargura, ha tardado bastante en llegar á nuestro suelo; sea que nuestros antiguos triunfos en el mundo nos han hecho orgullosos y un si es no es pagados de nosotros mismos, lo cierto es que ni nuestras conversaciones participan del charlatanismo, ni nuestras acciones del puff, propiedades que poseen en alto grado las naciones muy civilizadas.

En España el pueblo es poeta. Así es que las que en Francia son ocurrencias ingeniosas y equívocos atrevidos, en España son rasgos filosóficos, ó verdades desvergonzadas. En Francia reina la caricatura y el ridículo, en España la inspiración y la poesía. A las ilusiones que locamente abraza el corazón del hombre en el transcurso de su vida sin llegarlas á ver realizadas, llaman los españoles *castillos en el aire*; frase que expresa la idea mejor que cualquiera otra; pensamiento que revela lo imposible sin ridiculizar la idea. En Francia llaman á esto *Chateaux en Espagne*. Sin duda nosotros, los atrasados españoles, hemos vivido siempre de esperanzas, cuando sustituyen los franceses al *aire*, la palabra España. En cambio si esto es una verdad, lo otro es un rasgo de poesía, y puesto que las verdades son amargas siempre y la poesía jamás verdadera, estoy por la felicidad siquiera sea soñada, mejor que por el infortunio que siempre es cierto.

El corazón del hombre, único camaleón verdadero, vive siempre de *aire*; la felicidad es una mentira, y el hombre que sabe que solo la desgracia es verdad, corre sin descanso tras de aquella sin poderla encontrar: en esto, franceses y españoles quedan iguales: los primeros se ponen á si mismos en caricatura por los medios que emplean para ser felices; y los segundos hacen elegías sin medida ni consonantes en sus adversidades y desgracias.

En política, en literatura, en felicidad doméstica... *castillos en el aire*; mentiras que halaga en su mente el hombre, del mismo modo que una madre mima á su hijo aunque sea muy malo, por ser el único.

Los *castillos en el aire*, se dividen en semi-sólidos y absurdos. Los primeros son los que duran algun tiempo: los que, así como se sostiene un papel lanzado al viento, por la contrariedad de aires que le rodean, permanecen en el corazón del hombre algun tiempo por las contrariedades que le agitan. Estos castillos como si fuesen de acero y los cercase iman por todas partes, suelen durar fijos y serenos hasta que quedando solo el iman en la superficie de la tierra se desploman y bajan á unirse con el polvo de que fueron formados. Estos *castillos* ó estas ilusiones, son las que hace el hombre contando con sus propias fuerzas; son los proyectos cuya realización pende de su tacto ó sagacidad, son para los que el hombre no busca ayuda. *Mas vale estar solo que mal acompañado*, dice un proverbio español, y en punto á ilusiones, son fatales las que se forman en comandita. Los castillos absurdos son los que apenas formados se desvanecen, son castillos de humo lanzados al aire; se les vé crecer, formarse y desaparecer con la velocidad del relámpago. Estos dejan en el alma mas impresion porque ha dudado el hombre menos de ellos: como apenas nacen, espiran; como apenas se construyen, desaparecen: sin haber halagado un punto nuestro corazón, su pérdida es irreparable: en cambio fabricamos en nuestra vida muchos mas castillos absurdos que semi-sólidos. Los castillos absurdos son los que levantamos con ayuda de vecino, son para los que contamos con la voluntad del prójimo y hé ahí la razón de su pronto desmoronamiento.

La gloria, ese *castillo en el aire*, que siempre se construye grande y magnífico; cuyas almenas son las nubes y cuyos fosos son el fondo de los mares: ese castillo donde siempre hay una deidad para coronar al mortal que le fabrica, y que unas veces es la poesía, otras el valor, otras la fortuna: la gloria, en fin, es uno de los castillos en el aire que se usan mas generalmente. Existen ya de él hasta patrones, como de un vestido ó una levita. Este castillo tiene siempre paredes de jaspe, techos de pórfido, puertas de esmeralda; en él la vida es un soplo, la muerte un letargo. Todos los mortales llegan á admirar de rodillas la estructura del templo, todas las naciones ponen su bandera en los muros del castillo. La gloria, pues, pertenece á los castillos semi-sólidos. Para fabricar este castillo no se cuenta con nadie. El hombre se cree bastante poderoso para construirle solo, y así es que esta idea le dura mas tiempo. Al cabo se desploma; pero es tan encantadora la felicidad aunque sea en sueños!

La riqueza es el gran castillo del siglo XIX. No hay mortal que no le construya. Convencida la actual generación de que la riqueza abre las puertas de todos los edificios mundanos, rinde culto solo á la idea de ser poderosa: ¡el dinero! ese es el gran móvil de la sociedad contemporánea. El castillo que se crea con este objeto tiene los muros de oro: las troneras de brillantes: en la bandera que ondea en las almenas se dibuja el globo... tambien este castillo es semi-sólido. El hombre es avaro y temeraria comprometer su fortuna venidera, hasta con hacer partícipes de sus ilusiones á los demas mortales. El castillo del poder, el de la posición social, el de la riqueza y el de la gloria son los mas usados. Ya no nos contentamos con la calma de una existencia tranquila, con el amor de nuestros hijos y con los medios de arrastrar nuestra vida en la medianía y el silencio; ahora todos pretendemos ser héroes. Cierta que quizá la tranquilidad y la paz podrían darnos la felicidad; pero generalmente nadie aspira á ser feliz; todos juzgan la dicha á su manera, en vez de querer los hombres ser felices, quieren ser ricos, sabios, poderosos. Antes los pastores querían ser arrendatarios, los arrendatarios propietarios, los propietarios poderosos: hoy los pastores quieren ser reyes, y los reyes dioses.

Hay castillos en el aire de tal magnitud que hasta espan-

tan á los que los fabrican y no los comunican á nadie. Si Napoleón hubiese enterado al mundo de sus esperanzas, le hubieran llamado loco, si hubiera contado sus planes los habrían bautizado con el apodo de *castillos en el aire*. Cervantes al colgar su bien tajada péñola á la conclusión del Quijote, fué tildado por sus coetáneos de ambicioso y loco: la esperanza que abrigaba de aturdir á todo el mundo con su ingenio no era otra cosa segun ellos que un castillo en el aire. ¡Pero de estos qué pocos! para cada hombre que llega á tener un castillo, ¡cuántos millares de castillos que no tienen nunca hombre!

Hemos procurado apuntar los castillos semi-sólidos, que como hemos dicho, son los mas comunes en la actualidad: ahora vamos á los absurdos. El hombre que sin la ambición de ser poderoso ni célebre, se contenta con la dicha pacífica de la felicidad doméstica, es cien veces mas desdichado que el orgulloso mortal que pretende sobreponerse á sus semejantes. Sus castillos absurdos, que ya hemos descrito, se desploman al empezar á fabricarse. Fiel el hombre sensato á los principios de la providencia, busca para ser feliz el apoyo de sus semejantes, así como él da el suyo para la felicidad de los demas. Sus semejantes, egoístas, hacen como que consienten en ayudarlo y luego le abandonan. ¡Pobre del que busca la felicidad!

El amor es un castillo absurdo. El hombre que entrega su corazón á una muger indigna de él, como sucede casi siempre, fabrica un castillo no en el aire, sino de aire. La morada que finge en su mente, es sencilla y serena. El manso arroyo la circunda, las auras la refrescan, las flores la embellecen; una compañera amable y sensible limpia con sus labios el sudor de su frente.... castillo absurdo! El hombre le fabrica en union con otro ser mas voluble que él. Es lo que se llama hacer la cuenta sin la huésped. La muger se cansa de este castillo y de su fundador, y busca, ó el bullicio ridículo de la sociedad que halaga su amor propio, ó la arquitectura de otro castillo mas dorado. A la muger generalmente *no la gusta perder el tiempo*, y no sabe que le pierde mas siendo injusta é inconstante. El castillo se desploma, el hombre lleva siempre en su alma su perdida esperanza y la muger queda sin el remordimiento siquiera de su primera falta. Oh! y cuántos castillos forja despues la muger, que se desploman con mas facilidad que los del hombre! La muger no puede hacer castillos semi-sólidos. La muger no puede adquirir por si sola, ni riqueza, ni celebridad, ni posición social: tiene que contar con la ayuda del hombre y esa ayuda que un tiempo despreció, la sirve para fabricar castillos absurdos.

La vida es un drama que no pasa de ciertas escenas: drama repetido diariamente, y cuya única variación consiste en ser cada dia distintos los actores encargados de ejecutarle. La muger asiste á la primera representación, y sea porque la parece pobre, sea porque cree que las siguientes la darán mayor felicidad, no se contenta con el estreno y vá á ver la repetición. Sabido es que la novedad no está mas que en la primera vez que se vé una cosa. Al primer castillo en el aire que la muger hace respecto al amor, y que desploma ella misma, siguen otros castillos iguales en un todo al primero y que tienen además la desventaja de no tener novedad. La primera vez que sentimos es la única verdadera. ¡Miserio ser el que abandona un presente de dicha por hacer castillos en el aire de felicidad futura! Vive sin el pasado, juzga molesto el presente y no espera nada nuevo en su porvenir. La muger es tambien un castillo en el aire.

Otro castillo absurdo es la amistad. Castillo que no queremos pintar. Basta de verdades.

Tal vez parezca que nuestro propósito ha sido describir con vivos colores nuestro desencanto afectado. No por cierto; ni pretendemos de hombres gastados, ni algun que otro castillo desplomado dá derecho para hablar mal de todos.

Si es amargo nuestro artículo culpa es de la frase que explicamos, amarga y desgarradora por si misma. ¡Castillos en el aire! ¡Quién no los ha hecho! ¡quien no los hará todavía! Generalmente el hombre no realiza sus castillos á veces por inercia, otras por vanidad. Las mugeres siempre por orgullo. Son, sin embargo, mas desgraciadas que los hombres, porque ellas no tienen mas que un castillo... mas seguro siempre que los del hombre; pero mas pobre. ¡El matrimonio! Edificio sin igual cuando le hace amor, barraca miserable cuando la fabrica la conveniencia. Su fachada es siempre igual y monótona, se parece á las de las casas modernas. Cuarto principal segundo y tercero: dentro ni un jardín, ni una flor, ni un rayo de sol, ni una gota de agua. Allí la flor de la vida se marchita quizá por el excesivo riego artificial de los primeros dias, tal vez por el abandono de su dueño, acaso por la negación de su belleza. El matrimonio-infierno es un castillo palpable y verdadero. El matrimonio-cielo le forma el amor, y el amor es un castillo en el aire!

Solo me falta decir, que nunca he pretendido que agrade este artículo á mis lectores porque teniendo que contar con ellos formaríamos un castillo absurdo parecido al amor. Pase tal como es, y por lo poco que vale, y tal vez sea un castillo semi-sólido ya que de todos modos habian de ser mis pretensiones de agradar, *un castillo en el aire!*

LUIS MARIANO DE LARRA.

### La huérfana del Pirineo (1).

#### PRÓLOGO.

¡¡BART!!

El año de 1792, nebuloso y siniestro, preñado de desgracias y horribles desastres, se habia hundido en los abismos de lo pasado. La mano inexorable del tiempo volvia una hoja del gran libro de las edades, y aparecía la cifra de 1793 señalada con caracteres de sangre. El semblante ceñudo de la Discordia se desarrugó algun tanto, y una sonrisa indecible asomó á sus cárdenos labios al entrever el principio de su reinado absoluto.

La sangrienta bacanal que se celebraba en Francia habia

(1) La presente relacion es histórica: hemos creído conveniente cambiar el lugar de la escena y los nombres de los personajes que en ella figuran, porque aun viven algunos de los que tomaron parte en los acontecimientos que vamos á describir.

llegado á su apogeo: los gritos frenéticos de los sicarios mezclados con los lamentos de las víctimas, salvaban ya los límites del antiguo reino; y aquellos lúgubres ecos se esparcian fatídicamente por los países vecinos.

Familias enteras huían despavoridas del territorio francés, si bien la mayor parte mutiladas por la guillotina, por la metralla y por aquellos asesinatos en masa, sin ejemplo en los anaes criminales del mundo. Algunas *de aquellas familias encontraron un refugio en España*.

La noche del 20 de enero habia cerrado del todo: las montañas que forman los límites de España y Francia por la parte del valle de Baztán, estaban cubiertas de nieve, y en las quebradas y angosturas de aquel terreno montuoso silbaba el viento con tal furia, que parecia querer arrancar de cuajo árboles y peñascos: la nieve impelida por el vendabal se arremolinaba formando mangas de inmensa altura semejantes á las temibles trombas marinas.

Cuando alguno de aquellos remolinos se acercaba á la copa de un pino, balanceábase el árbol espantosamente, empezaba luego á crujir, y con agudo chasquido y estrepitoso estruendo, caía al suelo tronchado por la mitad. En su rápida caída rozaba acaso su resinoso tronco con el de otro pino inmediato; y el roce producía chispas brillantes que formaban raro contraste con la blancura de la nieve, la lóbrega oscuridad de la noche y aquellos ruidos siniestros de que estaban llenos los bosques. Volaban las nubes con desusado ímpetu, y todo anunciaba un huracán de invierno, el mas horroroso de los huracanes.

La naturaleza entera parecia trastornarse, como aconteció el dia en que en la cruz del Calvario exhaló su último suspiro el Hijo del rey de los cielos. Tambien el 20 de enero, otro rey de la tierra, bueno, inofensivo, derramaba sobre ignominioso cadalso la última gota de sangre en espacion de las faltas de sus predecesores, como Cristo derramó la suya en espacion de los pecados de los hombres. El pueblo hebreo conserva aun indeleble el borron que hace diez y nueve siglos se imprimió en su frente; en la historia del pueblo francés aparecerá tambien hasta la consumación de los siglos, aquella sangrienta mancha que no han bastado á borrar las glorias del imperio.

Seguia el huracán, bramaban los torrentes, gemían los bosques.

El pais en que esto sucedía estaba completamente desierto, pues los pastores antecogiendo sus ganados, meses hacia ya que bajaron á los valles encerrándose con sus rebaños en las poblaciones. Ningun ser humano hubiera podido transitar impunemente por aquellas montañas durante el dia: de noche hubiera sido esponderse á una muerte cierta.

¡Cosa rara sin embargo! Percibíase de vez en cuando entre el fragor de la tempestad el ladrido de un perro.

¡Cosa mas estraña aun! Algunos quejidos débiles y lastimeros se mezclaban á los ladridos del perro.

Si la oscuridad de la noche lo hubiera permitido, habríase distinguido un hermo o mastín de color leonado, de larga y poblada cola, que escarbaba con sus vigorosas patas en una ondulacion del terreno cubierto de nieve: de vez en cuando acercaba el hocico al suelo, olfateaba con ansia, y levantando la cabeza, lanzaba los ladridos de que hemos hablado, como si pidiera auxilio. De pronto, el mastín hundió con fuerza el hocico en la nieve, escarbó con mas vigor que antes y al poco rato sacó entre sus poderosos dientes un bulto informe.

Con el maravilloso instinto de estos animales, adivinó algun albergue próximo, y se dirigió llevando á rastras su presa hacia una corpulenta *haya* cuyo enorme tronco estaba hueco. Llegado allí, se metió con su carga en la hendidura del árbol, rasgó con los dientes el paño empapado en agua que cubria el bulto: hecho esto, se tendió tranquilamente en la tierra seca rodeando con su cuerpo lanudo el objeto que habia arrastrado hasta allí, y comenzó á lamerlo gruñendo de manera que indicaba el gran placer que experimentaba.

La tempestad en tanto, desplegaba todos sus furores: silbaba el viento, volaba la nieve en encontrados remolinos, y al horrisono estampido de los truenos, uníase el pavoroso ruido de los árboles que balanceaban sus copas ó caían hechos pedazos por el huracán: bien así como en una gran ciudad entrada á saco, se mezclan los gritos de los vencedores con los alaridos de los vencidos, ancianos, mugeres y niños, y dominando todo este tumulto, el clamoreo general de las campanas que tañidas por manos invisibles, parece anunciar la agonía universal de un pueblo moribundo.

Al aproximarse el dia fué cesando el temporal, y á los primeros pálidos destellos de la aurora, se vió trepar animosamente por la montaña á un pastor envuelto en su negro *capusay*. Llevaba en la mano un largo y nudoso palo en uno de cuyos extremos brillaba grueso punzon de hierro, que así servia para hincarlo en la nieve congelada y ayudarlo á subir la montaña, como de arma terrible para defenderse de las fieras. El otro extremo del palo estaba así mismo guarnecido de dos garfios, los cuales introducidos en las grietas de las peñas, sostenían su peso cuando el pastor tenia que bajar al fondo de algun precipicio.

Aquel hombre se paraba á menudo en su penoso viage silbando y gritando: ¡Bart, Bart! Prestaba un oído atento á todos los ruidos, y cuando se convencía de que nadie contestaba á sus gritos, miraba melancólicamente en su derredor y observaba con asombro los despojos de la furiosa tempestad de la noche. Vió árboles desgajados, puestas en alto sus raíces que parecían serpientes negras entrelazadas; vió rocas partidas por el rayo, y sus enormes fragmentos arrojados hasta las sombrias profundidades de los torrentes. Luego prosiguió su caminata hasta llegar á las alturas del puerto de Izpegi.

Allí notó que la nieve habia sido removida por otro agente distinto que la ventisca: notó tambien que por aquel parage no habia peñascos arrancados, ni surcos formados por aludes. En vista de esto, comenzó á trazar un gran círculo registrando cuidadosamente el terreno: apenas habia acabado la primera vuelta, cuando lanzó un grito de júbilo: habia descubierto impresas en las nieve las huellas de un perro: estas huellas se dirigían al Norte. Pero con lo que el pastor se confundía, era con el surco profundo producido sin duda por un cuerpo que se hubiese arrastrado por el suelo, y entonces creyó que las huellas que él juzgaba ser de perro, podrían serlo de algun lobo, y aquel surco, formado por la presa que la fiera llevaria en la boca. A pesar de esta duda, se decidió



á seguir como lo hizo aquella pista, y al poco tiempo llegó al pie de un árbol: reparó en la concavidad abierta en su tronco, y quedóse atónito ante el espectáculo que se ofreció á su vista.

Su fiel mastin, el perro querido en cuya busca había salido superando inmensos peligros, estaba acurrucado y profundamente dormido: una hermosa niña como de tres años, medio oculta entre las lanas del perro, sacaba sus manecitas y jugaba con las pendientes orejas del animal. La inocente criatura miraba al pastor sonriéndose y haciéndole señas para que guardase silencio y no despertase á su lanudo protector.

Admirado de lo que veía, el montañés no pudo contener una exclamación de asombro: el perro despertó con sobresalto; pero así que hubo reconocido á su dueño, meneó suavemente la cola y comenzó á lamer la cara y manos de su protegida.

Largo rato estuvo el pastor contemplando aquella tierna solicitud del mastin, hasta que al fin acercándose á él y acariciándolo le dijo:

—¡Bart! ¡mi buen Bart! ¿Qué es esto? ¿Dónde has estado durante la noche? ¿Y esta niña cómo ha venido aquí?

El mastin miraba á su dueño y proseguía meneando la cola.

—Te entiendo como si me hablaras, añadió el montañés. Tú la proteges, mi fiel mastin, y sin duda la has sacado de algun ventisquero: pero tendrás hambre.

Y el pastor metiendo la mano en un zurron que ocultaba bajo del *capusay*, sacó un pedazo de maíz y se le dió: éste lo tomó con la boca y depositó en tierra.

—¿Qué es eso? preguntó al ver la acción del perro: ¿has comido acaso anoche hasta el punto de no tener hambre por la mañana?

Pero bien pronto comprendió lo que Bart quería darle á entender. La niña le miraba tímidamente y alargando una de sus manos, pronunció algunas palabras en lengua desconocida. El montañés se estremeció, y sacando todas las viandas que contenía su despensa, las puso en manos de la inocente criatura. Una lágrima de enternecimiento mojó sus tostadas mejillas al decirle:

—¡Pobre angel abandonado! Tienes hambre y yo no lo adivinaba: come, come infeliz, aunque Gaspar se quede sin migaja.

Y la niña devoraba lo que el honrado montañés la presentó. Cuando el mastin vió que su protegida comía, devoró á su vez lo que su dueño le había dado. Gaspar en tanto daba palmadas de placer al notar el apetito de entrambos. Cuando hubieron concluido de satisfacer su hambre, el pastor mandó levantarse á Bart y cogió en brazos á la niña.

—¡Pobre hija mía! dijo besándola y haciéndola bailar en sus robustos brazos:

—¿Quién te ha traído á estos parages tan desiertos?

La adolescente se le quedó mirando, como si quisiera adivinar la significación de las palabras que la dirigía aquel personaje desconocido para ella. De repente miró en todas direcciones y tapándose los ojos comenzó á gritar:

—¡Mamá, mamá!!

—¡Ah! llamas á tu madre, angel mio, exclamó el montañés al oír aquella palabra que en todos los idiomas significa lo mismo, porque es la primera que el niño pronuncia. Llamas á tu madre que sin duda te ha perdido y ha muerto de dolor si no ha perecido enterrada en la nieve...

La niña lloraba y el montañés enternecido, lloraba también.

—No te aflijas, pobre huérfana: yo te serviré de padre, y la anciana Mari te querrá mucho: ¡Oh! Te lo juro en presencia de Dios.

Y Gaspar la acariciaba.

—No llores, querida mía; no llores: tu llanto me parte el corazón.

La huérfana, comprendiendo sin duda que sus lágrimas afligían al buen montañés, procuró enjugarlas y sonreírse.

El perro había comido, y viendo tan bien avenidos á su protegida, y al pastor, ladraba y saltaba de contento.

—Allá vamos, Bart, allá vamos: mi buena madre nos estará aguardando con ansia, y no será pequeño su asombro y placer cuando nos vea llegar con esta graciosa criatura. Porque en verdad, Bart, que es muy linda; añadió riéndose: sí, sí: es muy linda, con sus cabellos rubios y sus ojitos negros: mirala: y debe ser hija de persona principal: sus vestiditos lo anuncian así: quieto, Bart, quieto: déjame que recoja estas ropas que sin duda has despedido con tus dientes.... Pero, calla: ¿qué es esto? ¡Dios mio!! ¡Oro!... ¡Cuánto oro!....

El montañés al recoger el embolitorio que cubría á la niña y del cual la había despojado el perro para precaverla de la humedad de que estaba empapado, vió que era un capoton de paño, en uno de cuyos bolsillos había una bolsa de cuero llena de monedas de oro.

—Como soy Gaspar, murmuró el montañés admirado: aquí hay dinero bastante para comprar todos los rebaños del valle. ¡Oh! A casa, Bart, á casa pronto: este dinero no es mio: es de mi pobre huérfana y si lo perdiésemos...

Hizo el montañés un lío con el capoton, cubrió bien á la niña con su *capusay* para guarecerla del viento que era frío en demasía, y se dirigió á su caserio precedido de Bart que corría y ladraba loco de contento.

## CAPITULO PRIMERO.

### LOS DOS AMANTES.

Muchos años habían transcurrido despues de este suceso; la Europa ardía en aquella guerra gigantesca que duró la cuarta parte de un siglo, consumiendo las riquezas del continente y regando de sangre su suelo.

En las retiradas montañas en que empieza esta relacion, se oía de tarde en tarde el rumor de las batallas llegado allí por medios desconocidos. Los habitantes de aquellas regiones apartadas se curaban muy poco de aquellos sucesos, ocupándose tan solo de sus trabajos ordinarios: la incomunicación en que vivían sus moradores, les hacía ignorar acontecimientos de inmensa importancia, y por esta causa acogían como cosa nueva, la noticia de algun suceso acaecido nices antes.

Una de las nebulosas tardes del mes de diciembre á la hora en que el sol hiere de soslayo las copas de los árboles,

dos jóvenes de distinto sexo, asidos de la mano, seguían el camino que de Errazu se dirige al puerto de Izpegui.

Uno de ellos, el varon, vestía calzones anchos de lienzo azul: peales de color blanco cubrían sus piernas, y abarcas ligeras defendían sus pies de las espinas y piedras del camino; las largas cintas encarnadas que cruzándose en la pierna sujetaban las abarcas, formaban cuadros menudos hasta debajo de la rodilla en donde se ataban las cintas: esta clase de calzado no carecía de cierta gracia: aun hoy lo usan aquellos habitantes y solo les falta la enaguilla para asemejarse en todo á los montañeses escoceses, en su pintoresco traje. Por entre las mallas de un saco que pendía á su costado de ancho tahali con hebilla de cobre, asomaban algunas plumas y las largas orejas de una liebre: una escopeta de cañon largo descansaba sobre su hombro derecho: cubría sus robustas espaldas y brazos una chaqueta de pana verde, y la boina azul caida con gracia sobre la oreja derecha completaba su traje.

Si de los rasgos de la fisonomía se ha de deducir el carácter del individuo, el del joven en cuestion denotaba en la viveza de sus ojos, la resolución pronta en los peligros; en sus cejas arqueadas con gracia, aquel sentimiento de noble independencia y orgullo inherente á todo vascongado de pura raza; en su labio superior algo grueso y sombreado por un ligero vello negro, la voluntad de hierro que á todo resistía y á nada se doblega; su frente espaciosa, cubierta en parte por los rizos de su larga y negra cabellera, era un signo de inteligencia, franqueza y generosidad.

De todas estas partes reunidas resultaba una simetría armónica agradable á primera vista, de irresistible atractivo examinado mas detalladamente.

La que lo acompañaba era hermosa también: grandes y rasgados ojos negros; cabellos rubios graciosamente trenzados y pendientes por todo lo largo de la espalda: vestía un corto zagalejo de lana fina de color encarnado, ceñido á su cuerpo flexible con una ancha cinta azul: un corpiño de terciopelo verde y abierto por delante, como nuestros chalecos modernos, formaba la parte superior de su airoso traje: por la abertura del corpiño se veía una camisa de lienzo fino y de intachable blancura, abrochado su cuello con dos botones gemelos de coral.

El mancebo tenía la palabra en el momento en que los encontraron.

—No te canses, Inés, la decía: si yo pudiera revelarte lo que me han prohibido espresamente hacerlo, á nadie comunicaria mi secreto sino á ti.

—Es decir, Felix, ¿qué no tienes confianza en tu amante?

—La tengo y mucha; pero es un secreto que no me pertenece: ya te he comunicado todo lo que, sin faltar á mi palabra, podía revelar, y debes darte por satisfecha con ello.

—Es verdad, Felix; nosotras, pobres mugeres, carecemos de vuestro juicio y discreción; pero en cambio tenemos un corazón que sabe amar, y este corazón cuando ama como le sucede al mio, presente y adivina lo que vosotros los hombres ni presentis ni adivinais.

—¿Luego has adivinado alguna cosa? dijo Felix mirándola.

—De lo que tú has querido decirme, he colegido algo.

¿Quién es esa muger que tu padre al morir te encargó tanto vigilases?

—Ya te he dicho, Inés, que á ella debemos todo lo que posea mi padre, lo cual despues de su muerte, sirve para sostenernos madre é hijo: también sabes me mandó é hizo jurar que velaría noche y día por la seguridad de nuestra bienhechora, obediéndola como á una segunda madre: nada de esto ignoras: tampoco te he ocultado el que conforme á este sagrado deber, vigilo constantemente para que nada malo la acontezca.

—Si, si: todo eso lo sé muy bien: pero ignoro otras cosas. No sé donde vive, ni cuál es su nombre: tampoco has querido decirme si es joven, si es hermosa; solo adivino que es rica.

—¿Y no te dice el corazón, Inés, que también es buena?

—Estoy muy dispuesta á creerlo, Félix, puesto que te favorece; ¿pero no podría haber un motivo oculto por su parte para prodigaros esos beneficios?

—Eres injusta, Inés, y me causa gran pesadumbre tu injusticia: ella es benéfica con nosotros, porque es agradecida: ¿has olvidado que mi padre la salvó de un gran peligro?

—¿Y qué peligro fué ese?

—Lo ignoro como tú. Ni ella me lo ha dicho, ni mi padre tampoco. Solo sé que es francesa esa señora; ahora te añadiré que es joven, y que es tan hermosa como buena.

—¡Ay Felix, Felix!! dijo Inés mirando tristemente á su interlocutor. Ya me lo temía.

—¿Dudas de mí, Inés? preguntó el joven parándose. ¿Dudas de mí?

—¡Oh! no, no: se apresuró á contestar á su amado: no dudo de tí, Felix, porque la duda tan solo me mataría; pero, que quieres, temo á esa muger.

—Pues haces mal, querida mía; porque lejos de ser temible, es por el contrario muy digna de ser amada: si la conocieras....

—No deseo otra cosa, Felix; y lo deseo con ansia: porque no me cansaré de repetírtelo, la temo; y cuando una conoce á su enemiga, tiene mas de la mitad de ventaja sobre ella. Es rica, dices, joven y hermosa, y quieres....

—No prosigas Inés; aun cuando fuese una reina y me solicitase, nada conseguiria: me conoces lo bastante para poder sospechar siquiera, que pueda yo faltar á lo que una vez he prometido. Yo te amo, Inés, y tú eres mi primero y único amor: he prometido ser tu esposo, y lo seré á pesar de todo el mundo.

—¡Oh! amado mio: eso me tranquiliza; y yo confío en tí, como confío en mi padre: como confío en Dios.

—En ese caso, demos fin á esta conversación que es causa de disgustos para entrambos, y cambiémosla si te parece. Hemos quedado en que por el mes de mayo próximo pediré á Gaspar tu mano.

—Así es; pero te olvidas de una cosa.

—¿De cuál, Inés?

—De lo que te dije en Errazu esta mañana.

—¿Lo de los franceses?

—Sí: ya ves que si sale cierto lo que dicen...

—¡Bah! contestó Felix sonriéndose. Todo se reduce á cambiar de oficio: en vez de cazar perdices, cazaré franceses.

—Triste oficio por cierto, repuso la joven. Los hombres to-

dos son hermanos, según predica el cura; y es cosa horrible matarse los hermanos unos á otros.

—Así es: pero también la patria es nuestra madre y debemos defenderla contra todo linaje de enemigos.

—Pero puesto que todos los hombres son hermanos, ¿por qué no ha de ser una misma su patria? replicó Inés.

—A eso nada puedo contestar; pero que quieras; así es el mundo y así será siempre.

—Es decir, que si los franceses, según dicen, se apoderan de España, tenemos obligación de aborrecerlos, matarlos y aniquilarlos donde quiera que los encontremos.

—Así lo comprendo yo, dijo el cazador.

—¿Y si ellos, usando de la fuerza que tienen, hacen lo mismo con nosotros?

—El derecho y la razón siempre estarán de nuestra parte.

—¡Oh! ¡Si te matasen, Felix! exclamó Inés palideciendo.

—Si me matan, moriré por mi Dios y mi país, amada mía: porque se susurra por ahí que los franceses convierten los templos en cuadras y los altares santos en pesebres.

—Jesus, Jesus, murmuró la joven cubriéndose los ojos.

—Y ya sabes, prosiguió el mancebo, que el que muere por su Dios y por su patria, tiene una recompensa asegurada en el cielo.

—¿Qué desgraciados somos! exclamó Inés: ahora que íbamos á ser felices, vienen esos franceses á turbar nuestra dicha. ¡Oh! añadió con enojo: ¿á qué habrán venido á España esos franceses? ¿no caben acaso en su país?

—Dios vela por nosotros, contestó el cazador. ¿Quién sabe si serán ciertos los rumores que corren! En todo caso pediré tu mano á Gaspar en la época que hemos fijado: él no me la negará: ¿por qué me la había de negar?

—Es verdad: y mas, amándote yo tanto como te amo.... pero de hoy hasta mayo...

—Para entonces ya habremos vencido á los estrangeros y se declara la guerra, contestó el cazador con la mayor seguridad: y dado caso que así no suceda, nos casaremos, Inés, y partiré al combate con mas bríos; porque entonces además de defender á la patria, defenderé también á mi muger.

—¡Oh! La guerra, la guerra... Esa palabra me asusta.

—Esa palabra no debe asustar á la hija de un vascongado cuando se trata de los enemigos de su país. La guerra es necesaria cuando á ella nos provocan. Si esos franceses penetrasen hasta las montañas en que vivimos pacíficamente, ¿habíamos de estar con los brazos cruzados, viendo que nos robaban nuestros ganados, que saqueaban nuestras iglesias, asesinaban nuestros sacerdotes y violaban nuestras mugeres? No, Inés, no: prosiguió el mancebo con entusiasmo. Nuestros abuelos resistieron con fortuna á todos cuantos han osado pisar nuestro suelo sagrado con las armas en la mano. ¡Desgraciados los franceses si se atreven á profanar nuestras montañas! Los vascongados de hoy no han degenerado.

Inés apretó la mano del cazador y nada contestó.

—Ahora, amada mía, prosiguió Felix, sepárennos. Hé aquí la cruz del puerto; yo voy á seguir el camino de la izquierda; pronto nos volveremos á ver, querida mía: sobre todo, silencio acerca de lo que hemos hablado.

—Adios, Felix, dijo la joven acercando su blanca megilla al cazador, que estampó en ella un beso.

Inés tomó el camino de la derecha, y Felix el de la izquierda. Cuando llegó á la cumbre de la montaña de Izpegui, miró en direccion al caserio de Inés, y vió á su amada dirigirse á él por el monte abajo, con la agilidad de una corza.

Felix se arrodilló al pie de cruz, oró algun tiempo y prosiguió su marcha en direccion á Urdas.

(Se continuará.)

JOSE MARIA DE GOIZUETA.

## Edad de los animales.

Un oso llega raramente á la edad de veinte años; un perro vive veinte años: una zorra de catorce á diez y seis años. La edad ordinaria de los gatos es de diez y siete años; la de una liebre ó un conejo de cinco á ocho años. Los elefantes dicen que viven cuatrocientos años, y los rinocerontes quinientos; los caballos pueden llegar á edad de setenta y dos años, pero comunmente viven de veinte á veinte y cinco ó treinta; los camellos viven cien años. Un águila murió en Viena á la edad de ciento cuatro años; los cuervos parecen que viven también cien años; los cisnes trescientos años; una tortuga vivió mas de ciento noventa años. Los pelicanos y los ciervos viven mucho tiempo. Un carnero llega raramente á la edad de once años, y una vaca vive quince años.

## PROCEDIMIENTO

### para lavar y limpiar los guantes.

Cójase un pedazo de franela empapado en leche despues de haberle frotado en un pedazo de jabon: con esta franela se restregará el guante cuidando de introducir cada dedo en un palito. Es necesario humedecer la franela lo menos posible y frotar mucho el guante en sentido circular. En seguida se deja secar el guante al aire libre, ó á un calor muy tranquilo é igual para que la piel no se arrugue, y frotarla luego nuevamente con otra franela seca para que la leche no ocasiona ninguna mancha.

Cuando el guante está perfectamente seco, se toman polvos de jabon conocidos con el nombre de talco de Venecia. Se llena un pedazo de franela seca con estos polvos, y se frota con ellos el guante estirándolo. Por este medio se encuentra lavado y limpio el guante, sin dejar ningun olor.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, numero 8.



**LA CARIDAD.**

PARA DAR EJEMPLO.



POR PIEDAD.



POR DEVOCION.



POR MIEDO.